

TRABAJO Y JUBILACIÓN

Insuficiencia actual y cambios necesarios

Roberto Ham Chande*

Los ciclos individuales de actividad económica de capacitación, trabajo y retiro son un esquema que ha funcionado parcialmente y sólo en el sector formal y asalariado. Este patrón se ve ahora alterado por la dinámica demográfica, las nuevas formas del trabajo y los cambios en los motivos y metas de la seguridad social. En este escrito se presentan las características y perspectivas de esta última fase.

En México es utópico que la vejez sea la época de reposo con la tranquilidad de una pensión. El Censo del 2000 dice que los hombres pensionados son tan sólo 22.4% en las edades (60-64), 29.6% en (65-69), 30.6% en (70-74) y 26.6% en (75+). En las mujeres las cifras son, 11.4% en (60-64), 13.5% en (65-69), 15.3% en (70-74) y 21.5% en (75+). En otra expresión de desigualdad, las cifras varían grandemente entre lo rural y lo urbano así como entre hombres y mujeres. Los más protegidos son los hombres del medio urbano, aunque los pensionados en cualquiera de las edades de (60+) no llegan a la mitad. El siguiente segmento mejor cubierto son las mujeres también urbanas. Los hombres envejecidos rurales con pensiones van de 9.9% a 13.8% dependiendo de la edad y las mujeres son de 3.4% a 8.0%. No son sólo jubilaciones de retiro sino que se incluyen las pensiones por riesgos de trabajo, viudez y ascendencia. Parte importante de las pensiones otorgadas a mujeres son por viudez.

A la escasa cobertura se agrega el bajo monto de las pensiones. En la parte rural la mayor parte son de menos de un salario mínimo (SM) y en la parte urbana el mayor porcentaje está en los hombres con pensiones entre uno y menos de dos SM, mientras que en las mujeres predominan las de menos de un SM.

Si son tan pocos los pensionados y la mayoría con beneficios tan insuficientes, la subsistencia se procura con el trabajo y el apoyo familiar. En las edades (60-64) 66.1% de los hombres trabajan; 55.1% lo hacen en el grupo (65-69); pasa a 45.0% en (70-74) y es 28.7% en (75+). También aquí hay diferencias por urbanización y

sexo. Las tasas de participación son notablemente mayores en las zonas rurales, donde llega a ser 70.8% en (60-64), es 62.2% en (65-69), más de la mitad en (70-74) y encima de un tercio en (75+). Junto a la precariedad de la vida en el campo y la ausencia de pensiones, en la vejez la labor se propicia porque las familias son al mismo



* Departamento de Estudios de Población, El Colegio de la Frontera Norte.

tiempo unidades económicas con actividades agropecuarias y artesanales, realizadas en el entorno del domicilio, con flexibilidad y adaptación de las tareas a las condiciones del envejecimiento.

La actividad más declarada por parte de las mujeres en edades avanzadas es el hogar. En el pasado de estas generaciones las oportunidades de trabajo femenino eran menores y existía una tradición de roles circunscritos al hogar y la crianza de los hijos, incluyendo labores ahora industriales, como la elaboración de alimentos y la confección del vestido. Los porcentajes de actividad son muy parecidos en todos los niveles de urbanización, es algo menos de las dos terceras partes en las edades (60-74), cantidad que baja a poco menos de la mitad en (75 +). En la parte urbana la participación femenina es 21.1% en (60-64); 14.0% en (65-69); 10.8% en (70-74) y baja a 5.8% en (75 +). La parte rural tiene cifras de 15.7% en (60-64); 13.0% en (65-69), 11.2% en (70-74) y 6.4% en (75 +). Los últimos números merecen matices ante la idea de que faenas agrícolas de las mujeres que no se pagan no son trabajo. Lo siguiente en importancia es el comercio, en gran parte informal y por cuenta propia, en porcentajes alrededor de 60.0%. También sobresale que cerca de 30.0% de las mujeres colaboran sin pago en empresas familiares.



Las ocupaciones rurales de la población masculina en edades avanzadas son primordialmente por cuenta propia y de jornaleros o peones. Con la urbanización cambian las condiciones de actividad, las ocupaciones y las posiciones en el trabajo. Las ocupaciones más comunes entre los hombres urbanos son de artesanos u obreros, seguidas del comercio. Al aumentar las edades las cifras de comerciantes y vendedores ascienden, pues conforme la vejez avanza se pierde capacidad y se recurre a actividades menos demandantes. Esto se corrobora con la posición en el trabajo, cuando el trabajo de empleado y de obrero se sustituye por autoempleo.

El trabajo en edades avanzadas no otorga independencia y bienestar económico, según se reflejan en los bajos ingresos. En la parte rural los hombres y mujeres que trabajan en su gran mayoría tienen ingresos de menos de un SM. En la parte urbana las percepciones se muestran algo mayores. Los hombres que trabajan se concentran entre uno a dos SM y los de más de tres SM están en porcentajes de 32.4% en (60-64), descendiendo gradualmente a 20.8% en (75 +). La mayor parte de los ingresos de las mujeres quedan en menos de un SM.

Cuando esta descripción se repite sumando todas las fuentes de ingresos monetarios, incluyendo seguridad social, del trabajo, apoyo familiar y rentas e intereses, el panorama del trabajo y el retiro en la vejez permanece en las condiciones de desigualdad parecidas al resto de la sociedad: grandes segmentos de pobreza y unos cuantos con privilegios.

Estas características entre envejecimiento, trabajo y retiro se han reconocido anteriormente, incluso para alegar la con-

veniencia de la privatización de los sistemas de pensiones. Sin embargo, las reformas implican mayor inequidad e incertidumbre. Siempre se ha advertido que las instituciones de seguridad social han estado técnicamente desfinanciadas, principalmente porque los costos de los beneficios sobrepasan en mucho al valor de las aportaciones. Con la privatización el Estado se retira de la seguridad social y las pensiones se tornan responsabilidad individual, dentro de un sistema financiero desventajoso y sin garantías. Para la mayoría de los trabajadores el monto que se acumule será insuficiente para la pensión mínima garantizada para quienes coticen al menos 1,250 semanas. Esta garantía es otro gran pasivo de deuda pública. Es un sistema que además anula toda posibilidad real de extensión hacia el campo y el sector informal, de tal manera que ante las tendencias de flexibilización del trabajo se ampliará la brecha entre población envejecida y población pensionada.

Cuando se analiza el futuro del trabajo y las pensiones sólo financieramente, las proyecciones de costos son tan inmensas que la solución es imposible. La salida debe buscarse en varios frentes interrelacionados, comenzando por reconocer que las reformas a la seguridad social en su forma actual no ofrecen una pensión suficiente. Para alguna vez lograrlo hay tareas pendientes. Una es revisar y corregir lo oneroso del sistema, tanto por administración como por lucro. Otra es convertir al sistema en un verdadero recurso de ahorro interno, que cumpla el circuito financiero prometido entre captación de recursos, inversión, creación de empleos, que se liguen con la "oportunidad demográfica" de las próximas décadas para lograr el crecimiento económico. Actualmente el ahorro para el retiro en su mayor parte no se invierte y sólo se convierte en deuda interna.

El reto es lograr un modelo que impulse la productividad, incremente los salarios y mejore la distribución del ingreso. Un elemento será la capacitación y adaptación en el empleo conforme se envejece, aprovechando la mayor escolaridad de las futuras generaciones de personas mayores. Otro factor es eliminar los esquemas de privilegio que permiten retiros anticipados, pensiones injustificadas y fraudes frecuentes. Finalmente no hay que olvidar que el gasto en salud y educación es una inversión que se revierte en capacidad y productividad futuras. **DemoS**

